nombre, el cetro y el corazón de María como faro luminoso y áncora de salvación.

Arrodilláos a sus pies, besadle la mano, reconocedla por vuestra Reina, declaráos esclavos suyos y, os lo aseguran quienes han practicado tan santa devoción, la bonanza hará sentir su benéfica influencia; la luz penetrará hasta lo más oscuro de vuestro corazón; en una palabra, María se os aparecerá y donde está María visible, A. H. ahí está la pureza y luego la tranquilidad. Por no ser de María es porque tenéis el entendimiento nublado; por no ser de María es porque tenéis la volutad quebrantada, débil; por no ser de María es porque tenéis la imaginación enturbiada por visiones impuras y los sentidos insubordinados al punto de tomar las riendas del gobierno de vuestro corazón, ellos que jamás habían de mandar sino servir. Todo aquello: oscuridad intelectual, debilidad moral, fantasmas obscenos, anarquía sentimental es a la vez efecto y consecuencia de la impureza cuyo yugo ignominioso fuera impuesto al hombre por haber prevaricado por su orgullo.

María, bien lo sabéis, ella y ella sola, fué humilde sierva del señor; y en ella jamás hubo pecado original, de ahí que en ella tampoco se encuentre aquel desorden que tanto nos desespera.

Oh bendita sea tu pureza! María, pues tu entendimiento más claro que el de los Serafines refleja en sí, cuan perfectamente lo puede hacer una criatura, la imagen de su Creador.

Bendita sea tu pureza! cuando por ella, más firme que él de un Querubín, tu corazón adhiere incondicionalmente a la volutad de tu señor.

Bendita sea tu pureza! si por ella tu imaginación sacrosanta se complació en la reproducción de los símbolos o parábolas que figuraban, anunciaban y profetizaban las maravillas de la esencia divina y de su acción providencial.

Bendita sea tu pureza!, de la cual han sido instrumentos aquellos mismos sentidos que, en nosotros, desquiciados, causan cuantos pecados nos hacen objeto de horror para la divinidad.

Tenemos razón pues, A. H., excitándoos a reconocer a María Sma. por Vuestra Reina; bajo su cetro organizaréis vuestra vida; su mano maternal al pasar sobre vuestra frente disipará toda clase de dudas o tinieblas, refrescará y calmará el hervor de vuestra sangre, apaciguará vuestros ánimos; luego seréis puros como Ella y con Ella, si no la abandonáis, seguiréis hacia Dios cuyos caminos sólo Ella conoce por ser pura, inmaculada; hacia Dios cuyo trono, por la misma razón Ella ve como ninguno, trono al cual sus siervos, por Ella purificados, pueden aproximarse aún en este mundo.

Para llegar a tan deseado fin, es preciso, A. H., que no desmayéis y al propósito no es inútil recordaros que así como el desarrollo físico del hombre pasa por tres fases muy distintas que se llaman: niñez, juventud y virilidad, así la vida espiritual recorre tres ciclos muy distintos entre sí que llevan los nombres respectivos de vida purgativa, iluminativa y unitiva.

De la primera hemos hablado ya, a u n q u e sin nombrarla, indicándoos cómo para purificar vuestros sentidos, vuestras facultades, en una palabra vuestra vida, vuestra alma os era preciso acercaros a la única fuente que no corre mezclada con barro y cuyas aguas son tan puras que la misma divinidad se haya recreado en ella llegando al extremo de consumirse en aquellas ondas, para en ellas Encarnarse.

Nos es preciso hablaros ahora de la segunda fase, para ver hasta donde María sea en este segundo estado nuestra guía, nuestro modelo, nuestro auxiliar. Como acabamos de deciroslo, este segundo momento de nuestro desarrollo espiritual se llama iluminativo y con razón.

Han desaparecido las escorias que hacían más opacas las tinieblas de vuestra alma; cualquiera luz que se proyecte en ella resplandecerá luego, y María es esa luz; luz que ilumina el fin señalado al hombre y es a la vez el camino o vía por la cual hemos de alcanzarlo.

El fin es Jesús.

Es preciso para salvarnos que nos cristianicemos, que reproduzcamos a Jesucristo N. S. Ahora bien María es la criatura que más perfectamente haya reproducido las líneas características del semblante divino, siendo la copia más parecida al dechado inimitable. Tomándola por único consejera, procurando hacer algo de lo que Ella hizo y como lo hizo conseguiremos si no reproducir a Jesús cual María lo tenía reproducido en su corazón, siquiera pareceremos al retrato y con eso bastará para que Dios nos reconozca a l g ú n rasgo que nos acredite miembros de su familia o linaje.

Para alcanzar tan brillante éxito ¿qué hemos de hacer? o mejor dicho, ¿de qué nos sirve la esclavitud que os encomendamos con más particularidad?, ¿cómo es María en el segundo estado de la vida espiritual: luz para nosotros y fuerza?

Oh! A. H., María es el modelo, nosotros los aprendices; hemos de copiar el modelo necesitando para ello de luz y gracia. Esa luz, esa gracia, María dispone de ella y la dispensa de orden divina, a su beneplácito.

María, Nos la figuramos moviendo la luz de la gracia, acercándola a sí misma o llevándola a nuestro lado, de acuerdo con la necesidad que de ella tenemos. Tal el maestro que al lado de su discípulo tuviera una lámpara encendida, la que acercaría ora a la plana ora al original según las exigencias del alumno ya para que éste contemplara lo que va a reproducir, ya para que se fijara en su labor.

Dicho esto, habéis de notar, A. H., que casi toda luz es calor y fuerza sobre todo la luz espiritual tanto que ver a Dios es desearle y amarle.

La luz que nos procura María no puede ser de menor eficiencia y tan al vivo nos hace conocer las perfecciones de su Hijo divino, que las llamas de amor que del corazón de aquella brotan encienden necesariamente el nuestro.

De la luz que es el elemento u objeto propio del órgano visual nace el amor natural. Ahora, con raíces en el amor está todo movimiento iniciado hacia el bien visto y deseado para apropiárselo.

Aquello que con cuatro palabras acabamos de declararos es copia del original como todo lo sensual lo es de lo espiritual y lo natural de lo sobrenatural.

[illegible] la inteligencia con claridad y [illegible] que el dueño se enamore de sí [illegible] ora en la historia de los pueblos antiguos ora en las [illegible] de la tierra ya en [illegible] y [illegible] a [illegible]

[illegible] a Dios [illegible]

[illegible] continua en esta vida [illegible] la indiscutible [illegible]

[illegible] a María [illegible] luz y vida de [illegible] desde la primera hasta [illegible] la más humilde [illegible] exija nuestra [illegible] hasta la más elevada que es la caridad; ved como esa dependencia fortalecerá vuestra mano vacilante, animará vuestra incertidumbre sobre todo en los momentos decisivos cuando para imitar un rasgo divino haya necesidad de abrir una llaga en el co-